

Philip Jenkins

Breve historia de Estados Unidos

Quinta edición



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A History of the United States.*
Fifth Edition

Traducción de Guillermo Villaverde López y Eduardo
Cañas Rello (capítulo 7)

First published in English under the title by *A History of the United States, 5th Edition*
by Philip Jenkins by Springer Nature Limited
Copyright © 2017, Philip Jenkins
This edition has been translated and published under licence from Springer Nature
Limited

Primera edición: 2002

Quinta edición, revisada y ampliada: 2019

Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Philip Jenkins, 1997, 2002, 2007, 2012, 2017

© de la traducción: Guillermo Villaverde López, 2005 y Eduardo Cañas Rello, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9181-346-0

Depósito legal: M. 33.536-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prefacio

- 7 Introducción

- 22 1. Tierras sin nombre: la colonización europea (1492-1765)
 - 23 La población nativa
 - 29 Los conquistadores
 - 34 La colonia inglesa
 - 38 Nueva Inglaterra
 - 42 Ortodoxia y herejía
 - 49 La crisis (1675-1692)
 - 53 Las colonias británicas en el siglo XVIII
 - 61 La dimensión religiosa
 - 66 El «Gran Despertar»
 - 71 Las guerras anglofrancesas

- 76 2. Revolución y construcción nacional (1765-1825)
 - 76 Hacia la separación
 - 82 Guerra e independencia
 - 87 La época de la Confederación
 - 93 La redacción de la Constitución
 - 102 Una nueva nación
 - 106 Republicanos y federalistas

112	La Guerra de 1812
117	Expansión
119	Enfrentamiento con los indios
123	Crecimiento económico
126	La libertad es un hábito
129	Religión y cultura
131	El crecimiento de la esclavitud
136	3. Expansión y crisis (1825-1865)
138	Industria y comunicaciones
141	Ciudades
145	La nueva política (1828-1848)
149	La época de los disturbios civiles
157	Nuevos aires religiosos
164	Cultura
168	Pioneros: la expansión hacia el Oeste
176	Piel roja y blanca
177	Esclavitud
181	Abolicionismo
185	La crisis de 1848-1860
194	La Guerra Civil (1861-1865)
206	Consecuencias
209	4. Ciudades e industria (1865-1917)
210	Reconstrucción
216	Supremacía blanca
220	La frontera del Oeste
224	Conflictos con los indios
230	Imperialismo
237	Industrialización y Edad de Oro
246	Inmigración masiva
251	Trabajo y capital

258	Progreso y reacción (1877-1917)
264	Progresistas
269	Derechos de la mujer
272	Cultura y religión
279	5. Guerra e influencia mundial (1917-1956)
279	El dilema global
281	La Primera Guerra Mundial
285	La crisis del radicalismo
288	Los años veinte: prosperidad y corrupción
297	El <i>crash</i>
301	El <i>New Deal</i>
310	Hacia la guerra
314	La Segunda Guerra Mundial
320	La lucha contra el comunismo
324	Corea
327	La purga anticomunista (1946-1956)
332	El Estado fuerte
336	Un dilema nacional
340	Cultura
347	6. Ayer mismo. Estados Unidos: 1956-2000
348	La Guerra Fría
355	La revolución de los derechos civiles
361	El poder negro (1966-1971)
366	Crisis social
375	La crisis del Estado
379	¿La caída de Estados Unidos?
381	Liberalismo y liberación
389	El rechazo de los años sesenta
392	La era Reagan
399	La nueva moral

402	La dimensión económica
406	El <i>boom</i> de Clinton
409	Los años de Clinton
413	Nuevos peligros
417	7. <i>La época contemporánea</i>
419	Mirando al Oeste desde las costas de California
428	La guerra global contra el terror
433	Protestas crecientes
436	La nueva economía
440	La crisis de la vieja economía
447	Tormenta económica
452	Las elecciones de 2008
455	Obama
459	Deudas y déficits
463	Contra la corriente
466	Un dilema persistente en Estados Unidos
468	Estados Unidos en el mundo
470	El terrorismo y la <i>yihad</i>
474	Las nuevas superpotencias
476	El fin de la guerra cultural
481	Crisis conservadora
483	Las elecciones de 2016
489	Notas
493	Apéndices
495	La Declaración de Independencia (1776)
500	Confesiones e iglesias
503	Sugerencias de lectura complementaria
517	Índice de cuadros
519	Índice de mapas
521	Índice analítico

Prefacio

Esta «historia» no es un libro largo, y no es difícil suponer que una obra de este tamaño sólo pretenda ofrecer un bosquejo introductorio bien de la historia política de Estados Unidos, bien de su historia económica, cultural, demográfica o religiosa.

El intento de integrar todos estos elementos en un solo volumen podría parecer una empresa ambiciosa e incluso temeraria, y seguramente haya omitido temas que para algunos lectores serían esenciales.

Aun admitiendo que al destacar unas cosas en vez de otras se tiende siempre a lo subjetivo, creo que este libro se justifica a sí mismo por su propósito global, que es el de presentar una visión general, breve y accesible, de los principales temas y pautas de la historia de Estados Unidos, y ofrecer así una base para lecturas o investigaciones más detalladas.

Introducción

Los historiadores han discutido mucho sobre la cuestión de la «excepcionalidad de Estados Unidos», es decir, sobre la idea de que este país está de alguna manera sujeto a leyes y tendencias distintas de las que prevalecen en otros países avanzados. En el peor de los casos, esta tendencia puede llevar a los estudiosos a una feliz teoría de consenso, según la cual los estadounidenses son en cierto modo inmunes a las pasiones o a los problemas que afectan a otras sociedades comparables, con lo cual se ignoran síntomas de tensión política o social importantes. No obstante, es cierto que el enorme tamaño del país y las dificultades de comunicación interna crearon unas circunstancias bastante diferentes de las europeas, y determinaron que su historia se desarrollara de hecho, en algunos aspectos, de manera fundamentalmente distinta. De estas diferencias estructurales se derivan muchos de los elementos que han configurado la historia de este país desde los primeros años de las colonias hasta el presente.

El territorio que finalmente se convirtió en la parte continental de Estados Unidos tiene casi ocho millones de kilómetros cuadrados. Sin tener en cuenta Hawái y Alaska, la mayor distancia de norte a sur es de 2.572 km; de este a oeste, de 4.517 km. Alaska y Hawái añaden otro millón y medio de kilómetros cuadrados. Para hacernos una idea, la Francia actual tiene una superficie de unos 544.000 kilómetros cuadrados; el Reino Unido e Irlanda suman 315.000; Alemania, 357.000. En otras palabras, sólo el Estados Unidos continental tiene más o menos el mismo tamaño que todo el continente europeo: una nación ocupa una superficie tan grande como las cuarenta y tantas entidades independientes que forman Europa. A lo largo de toda la historia norteamericana, las grandes dimensiones del Nuevo Mundo crearon problemas y oportunidades a los que generalmente los europeos apenas estaban acostumbrados y para los que apenas estaban preparados.

El tamaño mismo de Estados Unidos planteó problemas específicos a los gobiernos; el interior del país está marcado por unos accidentes geográficos que podrían haberse convertido fácilmente en fronteras políticas, especialmente los Apalaches y las Montañas Rocosas. Este hecho ofreció extraordinarias oportunidades a los que temían el control oficial. A lo largo de toda su historia ha habido grupos que han escapado de una situación política insostenible mediante la migración interna, normalmente hacia zonas periféricas de las tierras colonizadas. Así lo hicieron, por ejemplo, los puritanos disidentes durante la década de 1630, los «vigilantes» de Carolina del Norte en la de 1770 y los mormones en la de 1840. Otros crearon colonias basadas en utopías, en zonas sin colonizar, donde los gobiernos no tenían la capacidad, ni por lo general la voluntad, de llegar.

Lo llamativo no es que en ocasiones se produjeran fenómenos de secesión en las regiones periféricas del país, sino que quedara un núcleo del que separarse.

Las amenazas de separatismo y escisión tuvieron que ser contrarrestadas mediante la flexibilidad política y la innovación tecnológica. Los medios de transporte han moldeado la historia de Estados Unidos al menos en la misma medida en que lo han hecho sus partidos políticos: los mundos creados sucesivamente por el barco de vela, la carreta Conestoga, el barco de vapor, el ferrocarril y el automóvil eran tan distintos entre sí como las épocas que suelen definirse con simples etiquetas políticas. Esto es particularmente cierto en la cuestión del desarrollo urbano. Como escribió Thoreau en la década de 1850,

Boston, Nueva York, Filadelfia, Charleston, Nueva Orleans y otros son los nombres de muelles que se proyectan hacia el mar (rodeados por las tiendas y viviendas de los comerciantes), sitios apropiados para cargar y descargar las mercancías¹.

Cuarenta años después, otro observador bien podría haber descrito las ciudades de su época diciendo que eran principalmente estaciones de ferrocarril. El transporte también ha configurado la política estadounidense. A finales del siglo XIX, el control o incluso la regulación política del ferrocarril era uno de los asuntos clave que separaban a los radicales de los conservadores. Más recientemente, los conflictos raciales han enfrentado muchas veces a zonas residenciales (habitadas predominantemente por blancos) con grupos minoritarios del centro de las ciudades, división geográfica propiciada en un principio por los trenes de cercanías y más tarde por los automóviles y las grandes autopistas.

La tendencia de los grupos de población a ir por delante de las estructuras de gobierno explica en gran medida por qué es tan frecuente el recurso a la violencia y a la «vigilancia» en las comunidades fronterizas –la historia de esa violencia estadounidense requiere, no obstante, una explicación mucho más profunda que la de la mera influencia de las fronteras–. Como veremos, en el siglo XIX las localidades rurales del Este y del Sur se regían por la ley de las armas, al menos en la misma medida que las poblaciones ganaderas y los campamentos mineros del Lejano Oeste.

Como Estados Unidos se convirtió en una nación y perduró como tal, tendemos a hablar de «regiones» y regionalismo, pero esas unidades eran a menudo mayores que las naciones más importantes del resto del mundo. Hoy, California posee una economía que, si ese estado fuera políticamente independiente, sería la sexta potencia mundial. El federalismo estadounidense era necesariamente muy distinto de cualquier paralelo europeo, aunque sólo fuera porque los distintos estados eran, por lo general, más grandes que, por ejemplo, los reinos que finalmente formaron Alemania o Italia. Se suponía además que la unión de los estados no tenía por qué ser un vínculo eterno, o al menos así se pensaba hasta que las circunstancias de la Guerra Civil transformaron la relación con el gobierno nacional. La extrema diversidad entre y dentro de las regiones ha sido siempre una de las principales características de la vida estadounidense.

Las cuestiones de escala y regionalismo que de todo ello se derivan han tenido a menudo implicaciones políticas. Al menos desde mediados del siglo XVIII, algunos visionarios consideraron que su destino era extenderse por todo el territorio, aunque pocos se dieron cuenta verdaderamente de

lo pronto que se iba a alcanzar ese objetivo, y de la rapidez con que el centro de gravedad demográfico del país iba a desplazarse hacia el Mississippi. Por tanto, a la hora de planificar la política había que contar con esta expansión para las siguientes décadas, algo que apenas preocupaba a los dirigentes europeos. A principios del siglo XIX, el crucial debate sobre la esclavitud se basaba por completo en la potencial expansión hacia el Oeste y sus implicaciones políticas en relación con el equilibrio entre estados esclavistas y estados abolicionistas.

Cuanto más grande se hacía el país, mayor era el riesgo de que las diferentes regiones pudieran entender su destino de muy distintas maneras. En política exterior, Nueva Inglaterra y el Noreste han tenido a menudo una orientación europea, considerada extraña e incluso desleal por los habitantes del Oeste, quienes apenas veían razones para intervenir en los enredos políticos de Europa y consideraban a Gran Bretaña más como un amargo enemigo que como un progenitor cariñoso. De diferentes formas, esta división afectó a la actitud de Estados Unidos con respecto a la guerra de 1812, así como a las dos contiendas mundiales. Incluso en la década de 1990 sigue configurando la opinión de los estadounidenses sobre el futuro comercial e industrial de la nación: los poderosos atractivos de la Costa del Pacífico equilibran continuamente la orientación europea de la Costa Este.

La otra división regional constante era la que separaba Norte y Sur, una distinción inevitable por el hecho de que el clima y la economía de uno y otro territorio son radicalmente diferentes. De hecho, desde la época colonial las dos sociedades parecían tan distintas, tan irreconciliables incluso, que no deberíamos sorprendernos de la ruptura de la

unidad nacional que se produciría después, en la década de 1860. Quizá la cuestión no debería ser por qué estalló la Guerra Civil en 1861, sino cómo se alcanzó antes la unidad, y cómo se mantuvo intacta durante décadas.

Las diferentes regiones desarrollaron sus propias culturas, y se ha debatido mucho a propósito de cuál es la naturaleza exacta de estas culturas. La cuestión de la «sureñidad» ha sido habitual en este tipo de debates, aunque el propio término delata el prejuicio de considerar el Sur algo atípico desde el punto de vista de una norma estadounidense o incluso mundial. En realidad, cabría sostener igualmente que fue más bien el Norte de principios del siglo XIX el que produjo un conjunto de supuestos culturales e intelectuales extraños, según los criterios del mundo occidental de la época, mientras que el Sur aristocrático, rural y cortés, era una entidad mucho más «normal» que sus vecinos igualitarios, urbanos y evangélicos del Norte. Para todo el que conozca bien la extraordinaria turbulencia social de las ciudades del Norte antes del inicio de la Guerra Civil, resulta una curiosa ironía hablar de la tendencia típicamente sureña a la violencia.

No obstante, es cierto que las culturas del Norte y del Sur se enfrentaron desde finales del siglo XVII sobre la cuestión de la esclavitud africana: no sobre su legalidad (inicialmente), sino sobre hasta qué punto debía ser fundamental esa institución para el orden económico del país. Desde 1700 hasta la década de 1950 el Sur se caracterizó por una división racial clara, en la que los blancos aventajaban enormemente a los negros en condición social y privilegios económicos. Aunque en el Norte existieron a veces divisiones similares, hasta la década de 1920 no hubo en esa zona un número de negros lo suficientemente amplio como para

plantear el «dilema americano», el «problema negro», de una forma aguda. Así, el regionalismo ha estado íntimamente relacionado con el conflicto racial, que ha sido siempre un componente muy difícil de la vida del país y que ha moldeado su historia cultural y social no menos que la política.

El hecho de que a los negros de este país se les haya asignado tan a menudo el papel de una casta laboral inferior se ha traducido en frecuentes divergencias entre la historia de Estados Unidos y la de Europa en cuanto a la formación de clases sociales y de las actitudes asociadas con ellas. Aunque Estados Unidos tiene de hecho una rica tradición de organización y solidaridad obreras, esa tradición se ha visto muchas veces sabotada por las hostilidades raciales y el uso de estrategias del tipo «divide y vencerás» que han conseguido enfrentar a blancos y negros. De este modo, la presencia de una importante minoría racial en Estados Unidos ha supuesto que se identificasen los conceptos fundamentales de raza y clase, algo que resultaba completamente extraño a los observadores europeos –al menos hasta que empezaron a enfrentarse a ese mismo problema con la diversificación de sus propias poblaciones étnicas a partir de la década de 1950–. Desde la de 1970, los dirigentes del Reino Unido, Francia, Alemania y otras naciones comenzaron a reconocer, a regañadientes, que las experiencias raciales estadounidenses ofrecían valiosas enseñanzas que quizá deberían tomar en serio en sus propias sociedades. Hoy en día, también en Europa los problemas raciales invaden los debates sobre temas como la Seguridad Social o la justicia penal, algo con lo que Estados Unidos está familiarizado desde los tiempos de la esclavitud.

Paralelamente a la polarización racial en el Sur, se produjo un aumento de la complejidad étnica en el Norte y des-

pués en el resto de las regiones del país. Mientras que el Sur pudo vivir durante décadas de una rentable agricultura de plantaciones, era inevitable que el Norte tendiera hacia la expansión industrial y el desarrollo urbano que ésta lleva asociado. La disponibilidad de puestos de trabajo y tierra virgen convirtió a Estados Unidos en un destino enormemente atractivo para los emigrantes –al principio grupos procedentes del norte de Europa vinculados con el continente americano desde época colonial, pero después aparecieron grupos de distinta procedencia que podían viajar gracias a los avances del transporte marítimo–. Mientras que la división étnica en el Sur estaba escrita literalmente «en blanco y negro», el resto de Estados Unidos se hizo cada vez más políglota y diverso, y tanto en términos étnicos como religiosos. Y aunque otros países han experimentado grandes movimientos de población, ninguna nación ha conocido una inmigración tan prolongada y casi constante como Estados Unidos, con todo lo que eso implica en términos de crecimiento económico, movilidad social y relaciones entre las distintas comunidades.

El hecho de que Estados Unidos sea tan grande y diverso significa que, para preservar su unidad nacional, se precisan unos medios políticos bastante diferentes de los de Europa, y supone la creación de ideologías nacionales lo suficientemente flexibles como para adaptarse a una población que cambia a gran velocidad. El simbolismo de Inglaterra y su monarquía fue suficiente durante gran parte de la historia colonial, y no hizo falta cambiarlo demasiado para acomodarlo a las necesidades de una nueva nación que elevaba a un presidente, considerado como un héroe, casi al rango de rey. Así sucedió igualmente en la esfera religiosa, en la que a una Iglesia establecida sucedieron varias doctrinas independientes

pero, sin embargo, militantemente protestantes. La aparición de nuevos grupos étnicos y religiosos dio lugar a una situación más compleja. Por ello, Estados Unidos ha tendido a acentuar unas ideas de patriotismo exacerbado y de destino nacional que resultan excesivas a los ojos europeos, y cuyo rasgo más sorprendente es la devoción existente por un símbolo nacional muy utilizado: la bandera. Todas las etnias recién llegadas han aceptado, en gran medida, una mitología nacional que incluye a los *Pilgrim Fathers* («Padres peregrinos») y su primer Día de Acción de Gracias, a héroes como George Washington y Abraham Lincoln, y míticas lecturas de la Guerra Civil y el Viejo Oeste. A cambio, se les ha permitido añadir a esa construcción sus propios elementos —e incluso se les ha animado a hacerlo—. Así, el Día de Colón se convirtió en la celebración del orgullo italoamericano, mientras que otros grupos encontraron sus héroes culturales entre amigos y consejeros de distintas nacionalidades de George Washington. Recientemente, los afroamericanos han añadido su figura propia al panteón nacional: Martin Luther King Jr., el único héroe que se conmemora con una fiesta de igual importancia que las de Washington y Lincoln.

Dicho esto, lo cierto es que en los últimos años ese tipo de asimilación ha demostrado ser controvertido, e incluso inaceptable para muchas personas, en una época de profunda revisión histórica. Mientras los italianos idolatraban a Colón, ese nombre resultaba profundamente intolerable para los descendientes de las poblaciones autóctonas, que habían sufrido asesinatos y esclavitud a manos de los conquistadores que le siguieron. El quinto centenario del «descubrimiento» de Colón fue saludado con masivas manifestaciones de protesta, y la propia institución del Día de Colón ha ido cayendo cada vez más en el descrédito. Más

recientemente, la creciente lucha por los derechos de los afroamericanos ha utilizado el recurso de sacar a la luz los vínculos de ilustres personajes históricos con la esclavitud o la segregación racial, haciendo de este modo inapropiada su conmemoración. Aún está por verse cuán lejos puedan llegar esas purgas históricas, o cuán profundamente puedan transformar la iconografía histórica nacional. Un signo esperanzador de revisión histórica ha sido la producción musical *Hamilton*, que se convirtió en un acontecimiento nacional en el año 2015. El espectáculo narra la historia de Alexander Hamilton, uno de los padres fundadores, quien, por supuesto, era un varón blanco; sin embargo, la historia es contada a través de un elenco multirracial, usando música hip-hop. De este modo, la propia figura de Hamilton ha sido reinterpretada en consonancia con una sociedad completamente nueva y una nueva definición multicultural de americanismo.

Aunque quizá resulte un poco extraño en un país que surgió con una combativa personalidad antiaristocrática, el patriotismo estadounidense se ha expresado a menudo en términos militares e incluso militaristas. Nada menos que siete presidentes consiguieron ser elegidos gracias principalmente a sus carreras militares, aun cuando, como en el caso de William Henry Harrison y Theodore Roosevelt, sus logros no fueran muy destacados; a nivel federal y estatal, además, un sinnúmero de candidatos han sacado un gran partido de sus hazañas de guerra (los siete casos más claros son Washington, Jackson, Harrison, Taylor, Grant, Theodore Roosevelt y Eisenhower; quizá podríamos añadir a Kennedy y al primer George Bush a la lista). En política interior, los grupos de militares veteranos han desempeñado a menudo un importante papel político, normalmente desde posturas muy conservadoras y «patrióticas».

La unidad nacional y el patriotismo se ven reforzados por los valores militares, pero, ¿se sacrifican por ello otros valores? Según fueron creciendo las funciones de Defensa del gobierno a mediados del siglo XX, la militarización de la sociedad estadounidense planteó cuestiones críticas sobre la posibilidad de conciliar los objetivos de republicanos y demócratas con la seguridad nacional y una presidencia imperial. ¿Qué pasa, por ejemplo, con valores como el de la transparencia del gobierno, sobre todo en ámbitos como la política exterior? Estas cuestiones han estado en el centro del debate político en Estados Unidos desde antes de la Segunda Guerra Mundial, y se hicieron acuciantes durante crisis como las de la Guerra de Vietnam, el Watergate, el escándalo Irán-Contra y la más reciente guerra contra el terrorismo. La «seguridad nacional» ha supuesto también el aumento del tamaño y del intrusismo del gobierno hasta unos niveles que quizá resulten, en último término, incompatibles con las formas democráticas que se esbozan en la Constitución del país.

Los estadounidenses suelen exagerar el carácter singular de su complejidad étnica, lo cual refleja el mito nacional del «crisol de razas». En realidad, la mayoría de los países europeos ha contado con múltiples grupos étnicos, con ejemplos tan claros como el Imperio Austro-húngaro. Incluso el Imperio Británico fue creado y gobernado por las distintas naciones de las islas Británicas, además de por hugonotes, judíos y otros grupos. Por otro lado, la emigración a Norteamérica a partir de 1820 la convirtió en un mosaico étnico mucho más complejo que cualquier otro estado avanzado, pues la diversidad se daba en un contexto democrático —de hecho, a partir de la década de 1830, en una radical democracia de masas—. Por lo tanto, a diferencia de los imperios

de los Habsburgo o los Romanov, los complejos intereses de los grupos que constituyeron Estados Unidos tuvieron que resolverse mediante la acción de grupos de presión y la creación de coaliciones. Las consecuencias que de esto se derivan se analizarán muchas veces en las siguientes páginas, pero podemos identificar ya fácilmente algunas de esas constantes.

Una de ellas es la tradición estadounidense de estigmatizar a los «marginados peligrosos», misteriosos conspiradores cuyas acciones clandestinas amenazaban tanto a la seguridad de la República como a la forma de vida nacional. Identificar a este tipo de grupos sirve para unir a la comunidad nacional mayoritaria o «normal», a la vez que excluye a otros grupos, normalmente de carácter religioso o étnico —aunque esto no se suele reconocer—. Debido a la naturaleza democrática de la política estadounidense y a la libertad de prensa, el discurso público es vulnerable a este tipo de manifestaciones de denuncia histérica, lo que Richard Hofstadter llamó el «estilo paranoico» de la política norteamericana². La historia de Estados Unidos se puede escribir en función de los grupos «marginados» que, uno tras otro, supuestamente han desafiado a la política nacional, desde los *illuminati* y los masones hasta los católicos y judíos, comunistas y satánicos. Otra cuestión relacionada con ese «estilo paranoico» es la de la política simbólica, a saber, la táctica de atacar a un grupo rival no directamente sino mediante la condena o incluso la prohibición de alguna de sus características. La historia de las campañas de pureza moral y de las prohibiciones de drogas es en gran medida una historia de autoafirmación étnica frente a los marginados, definidos en términos de raza o religión. Aunque a menudo se despachan con demasiada facilidad como simple «pánico moral» o «caza de brujas», que son irritantes digresiones de

las cuestiones centrales del debate partidista o el conflicto de clases, esos enfrentamientos morales están en realidad en el centro de la evolución social de Estados Unidos.

La diversidad étnica ayuda a entender la religiosidad que ha sido siempre un rasgo tan marcado de la vida del país. En la época colonial, la sorprendente novedad fue la coexistencia de numerosas entidades religiosas sin reconocimiento estatal; hoy, en una época de tecnología y organización social avanzadas, lo sorprendente es el poder que todavía tiene la religión radical y evangélica. Además, en Estados Unidos, las nuevas ideas y tendencias sociales suelen expresarse más de una manera religiosa que política, es decir, más en la formación de nuevas iglesias que de partidos políticos. En parte, esto se puede explicar por el hecho de que las iglesias proporcionan una identidad y una solidaridad étnicas a diferentes grupos, los cuales asocian el abandono de determinadas formas religiosas con la traición a toda una cultura.

Este vínculo es aún más fuerte por el hecho de que las iglesias estadounidenses normalmente no se identifican ni con el poder político ni con una casta gobernante. Además, la movilidad social y geográfica siempre ha añadido a los atractivos de las iglesias la ventaja de que éstas ofrecen, de una manera fácil y rápida, redes y ayudas sociales en lo que de otra forma serían nuevos territorios desconocidos. Aunque todo esto es aplicable a la mayoría de las comunidades, el mejor ejemplo lo ofrece el protagonismo que las comunidades religiosas negras han logrado conservar en la vida afroamericana durante los dos últimos siglos. Cualesquiera que sean las causas, la permanente fuerza de las ideas religiosas ha configurado siempre el discurso político de Estados Unidos, bien sea en una dirección utópica o en una apocalíptica.

La cuestión religiosa ha desempeñado un papel tan central que cualquier retracción en los vínculos religiosos sería de gran relevancia. Efectivamente, durante la última década algunos observadores han sugerido que los estadounidenses podrían estar entrando en un periodo de secularización similar al de sus homólogos europeos; ciertamente, un número cada vez mayor de estadounidenses declaran no profesar ninguna religión. Queda por ver el sentido exacto de dicha tendencia, pero si es permanente, supondría un punto de inflexión histórico para la identidad nacional. Tal vez sea una confirmación de esta tendencia laica el hecho de que los estadounidenses son ahora menos proclives que nunca a unirse a movimientos espirituales minoritarios o marginales, así como a comunidades de inspiración religiosa. Si bien es cierto que los creyentes de las religiones mayoritarias podrían alegrarse de ver el final de este tipo de peligrosas excentricidades, tal vez se sientan más inquietos si ello refleja un declive más general en la búsqueda y el entusiasmo espirituales.

En 1842 Charles Dickens viajó a Estados Unidos, visita de la que más tarde dio cuenta en los libros *American Notes* y *Martin Chuzzlewit*. Los estadounidenses consideraron que ambas obras eran profundamente hostiles por su despiadada denuncia de la esclavitud, de la violencia generalizada y la hipocresía de la vida nacional, además de la superficialidad y sensacionalismo de los medios, entre otras muchas cosas. Para entender la crítica de Dickens, conviene recordar que él era simplemente uno más de los numerosos observadores europeos que viajaron a Estados Unidos esperando encontrar una versión mejorada y ampliada de Inglaterra. Sin embargo, en vez de eso, para su sorpresa, encontraron una sociedad radicalmente diferente, con sus propios defectos y virtudes. Es

justamente esa mezcla de familiaridad y extraña rareza la que tan a menudo ha resultado desconcertante, y en no pocas ocasiones, aterradora, a los europeos. Pero la explicación radica tanto en las expectativas por ellos creadas como en la realidad con la que se encontraron.

Por varias razones –tamaño, diversidad étnica y racial, religiosidad–, Estados Unidos ha desarrollado desde sus inicios una cultura radicalmente diferente de la de sus raíces europeas, y cualquier intento de encajar la sociedad estadounidense en un molde europeo es en el fondo distorsionador. Aunque no es inmune a tendencias económicas y políticas más amplias, el contexto en el que hay que ver la historia de Estados Unidos es el de un continente distinto, y no simplemente el de otra nación.